

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

3ª Lectura (Mt. 14, 22-33)



“Mándame ir hacia ti andando sobre el agua”

«Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo en seguida: –¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó: –Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

Él le dijo: –Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: –¡Señor, sálvame!

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: –¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: –Realmente eres Hijo de Dios.» (Mt. 14, 22-33).

“Después que se sació la gente”: La impresión de la gente ha sido muy fuerte a causa del milagro de la multiplicación de los panes y los peces. El ambiente religioso en que vive el judío de la época contiene una expectativa de la aparición inminente del Mesías Rey. ¿No será Jesús el Mesías? –Ahora que están saciados se desata la euforia y comienzan a suscitarse comentarios para hacer rey a Jesús.

“Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se adelantaran a la otra orilla”: Jesús acaba de multiplicar los panes y los peces y las gentes se entusiasman. Teme Jesús que sus discípulos se contagien de los entusiasmos políticos de la gente y por eso también los apremia a retirarse del peligro. Más aún, es creíble que los discípulos se hubiesen dejado contagiar un tanto por los fervores patrióticos de la gente para hacer rey a Jesús. Es S. Juan quien relata el peligro que se cernía sobre la comunidad apostólica:

«Al ver la gente la señal que había realizado, decía: “Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.” Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo.» (Jn. 6, 14-15).

Libra Jesús a sus discípulos del peligro popular, pero no de la temible tormenta nocturna en medio del lago, donde los introduce. Las gentes son más peligrosas que las aguas engullentes.

“Mientras él despedía a la gente”: Jesús despide a la muchedumbre, saciada con la multiplicación de los panes y los peces, por la sencilla razón de que quieren hacerlo **rey temporal**. Jesús elude la degradación de lo sobrenatural y divino, degradación provocada por la intervención de las gentes, para no ver lo divino transmutado en algo

natural y humano, cosa de la que tendría algo muy serio que decirte el apóstol Santiago:

«*Tal sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrena, **natural**, demoníaca.*» (Sant. 3, 15).

La energía que usa Jesús para apremiar a sus discípulos a alejarse de la gente, y la energía que usa también en despedir a la misma gente, denotan el peligro de sedición política que realmente se suscitó con motivo de la multiplicación de los panes y los peces. Pero hasta el final, Jesús seguirá diciendo que su Reino no es de aquí abajo:

«*Mi Reino no es de este mundo.*» (Jn. 18, 36).

“*Y después de despedir a la gente*”: Como el día estaba declinando cuando comenzaron a repartir los panes y los peces, es presumible que en este momento en que Jesús despide a la gente fuera al menos al inicio de la noche. Por tanto, no le debió resultar muy complicado disolver los entusiasmos bélicos, tanto tiempo alimentados por la instrucción del judaísmo. Por otra parte, el poder divino de Jesús se debió hacer irresistible y las aguas volvieron a su cauce.

Podía haberse retirado Jesús a la soledad con su Padre y haber dejado a las gentes en su pretensión hegemónica. Pero no obra así. Jesús no para hasta que disuelve todo vestigio de dominio político.

“*Subió al monte a solas para orar*”: Esta actitud orante de Jesús es muy frecuente. Pasaba muchas noches orando a su Eterno Padre. Se retira a la soledad porque no busca los **ruidos fatuos de éxitos humanos, o mundanos**. Da lástima contemplar a los reyezuelos y monarcas mundanos entregados con un fervor exacerbado a tronos destronados.

“*Llegada la noche, estaba allí solo*”: Es el momento en que cada cual se ha ido al lugar asignado por Jesús: los apóstoles, a la barca; las gentes, a las aldeas, y Jesús, con su Eterno Padre.

La lección de Jesús para ti es clara: sumérgete en la morada interior de tu corazón para entregarte al amor de tu Creador y Señor, lejos de las turbas que tanto conturban, y espera allí tu misión.

“Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra”: Había navegado mar adentro muchos estadios (σταδίου πολλούς), San Juan dirá que 25 ó 30 estadios:

«Cuando habían remado **unos veinticinco o treinta estadios**, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca, y tuvieron miedo.» (Jn. 6, 19).

Un estadio son 185 m. Veinticinco estadios son casi 5 Kms. Lo que se anda por tierra en una hora, les lleva a los discípulos toda la noche en el agua.

“Sacudida por las olas”: La industria humana y la pericia del nauta se ven afrentadas por las sacudidas de la naturaleza. Aquí los ojos corporales ven una tormenta, pero los ojos de la fe ven otra realidad más misteriosa y real que la apariencia amenazante de las criaturas. La oposición que ofrecen las olas, dato que constatan los sentidos corporales, no es más que un impulso hacia la adhesión a Jesús, dato que constata la fe, que remedia toda adversidad y prepara los ánimos para que puedan aceptar una doctrina tan importante como va a ser la promesa de la Eucaristía.

Las tempestuosas olas de este mundo *sacuden* tu alma de modo inmisericorde. Y si pueden anegarte en el fondo, allí te sepultarán victoriosas. Sólo Jesús te salvará del naufragio: ¡pídele auxilio!

“Porque el viento era contrario”: Cinco kilómetros en una barca de la época, con viento contrario, supone muchas horas de navegación. Demasiado esfuerzo, mucho peligro y poco fruto.

En el mundo todos los vientos son contrarios para navegar hacia Dios. El mundo es un enemigo nefasto para el progreso espiritual.

Jesús no libra a los suyos de la lucha, aunque sí del naufragio. Se impone pelear para merecer la victoria divina.

“De madrugada”: Al pie de la letra: “a la cuarta vigilia (τετάρτη δὲ φυλακῆ)”. Los judíos, que habían adoptado el cómputo del tiempo romano, dividían las 12 horas de la noche en 4 vigiliias. La cuarta vigilia transcurría entre las 3 y las 6 de la madrugada, que es cuando sale el sol. La lucha contra los elementos duró toda la noche.

Jesús había prolongado la oración hasta la madrugada, y los apóstoles también habían prolongado su lucha contra la bravura del oleaje hasta esa hora. Fue la oración de Jesús la que les dio brío para aguantar hasta aquella hora tardía. No les libra de la lucha, pero sí del naufragio.

“Se les acercó Jesús”: Deja Jesús a su Padre, aunque sin dejarlo, y se va con sus discípulos, aunque no los había abandonado a merced de las olas sin ninguna providencia.

“Andando sobre el agua”: Con su caminar sobre las aguas modestas manifiesta Jesús su total señorío sobre los elementos, que hacen perecer al hombre. Jesús es invulnerable a nada y menos al pecado. Pero su trayectoria es hacia los suyos.

Si Jesús tiene poder sobre las aguas, es evidente que también tendrá poder para todo aquello que indique a sus discípulos. Y les dirá después del acontecimiento de las aguas que Él se hará Eucaristía. Ya están preparados para aceptar un mensaje tan sublime.

La majestad de Dios sobre las aguas es como un sol luminoso:

«*Al levantarse de mañana brillaba el sol sobre las aguas.*» (2 Rey. 3, 22).

“Los discípulos, viéndole andar sobre el agua”: Los discípulos contemplan cosas inauditas que los debe llevar a una correcta interpretación de quién tienen delante. En medio de su alboroto apostólico, donde ven peligrar sus vidas por la bravura del oleaje, un hombre camina tan tranquilo por encima de las aguas como por su casa.

«ELLOS LO VIERON CAMINANDO SOBRE LAS AGUAS.

La cuarta vigilia de la noche es el fin de la noche, ya que cada vigilia consta de tres horas. Significa, pues, que ya al fin del mundo ayuda el Señor y parece caminar sobre las aguas. Aunque la barca vacile por la marejada de las tentaciones, ve, sin embargo, a Dios glorificado, caminando sobre toda la hinchazón del mar, esto es, sobre todos los principados de este siglo. Antes de su pasión, cuando, con referencia a la misma, da ejemplo de humildad según la carne, se encararon contra Él las olas del mar y a ellas cedió de grado por nosotros, para que

se cumpliera la profecía: “Llegué a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió” (Sal. 68, 3).» (S. AGUSTÍN, Sermones, 75, 7; PL 38, 476-477).

“**Se asustaron**”: El primer movimiento de la presencia de Dios produce **turbación** y se interpreta fantasmagóricamente su intervención en la historia. La reacción humana es la del grito, lamento, asombro.

“**Y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma**”: En principio, no reconocen a Jesús; pero, lo que es peor, hacen una interpretación peregrina: “*es un fantasma*”. Y es que después de la fatiga de toda la noche bregando duro, impresionados por el silbido del viento tormentoso, aterrados por el chasquido de las olas contra la barca, sacaron sólo agotamiento psicosomático; pero, además, añadiendo a este cansancio las aprehensiones propias de gentes sencillas y nocturnas, tenemos como desenlace final el fantasmagórico terror apostólico.

Dice S. Marcos que, como ocurrió con los discípulos de Emaús, Jesús hizo ademán de seguir adelante:

«Viendo que ellos se fatigaban remando, pues el viento les era contrario, a eso de la cuarta vigilia de la noche viene hacia ellos caminando sobre el mar y quería pasarles de largo.» (Mc. 6, 48).

Este gesto de aparente desentendimiento de los pescadores pone mayor dramatismo a aquel espectro que camina sobre las aguas:

«¡ES UN ESPÍRITU!

“Porque los discípulos –dice el evangelista–, al verle caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo que era un fantasma, y de miedo rompieron en gritos”. Tal es el modo ordinario de obrar de Dios; cuando Él está a punto de resolver las dificultades, entonces es cuando nos pone otras más graves y temibles. Así sucede en este momento; pues, como si fuera poco la tormenta, la aparición vino también a alborotarlos, no menos que la tormenta misma. Por eso ni deshizo la oscuridad ni de pronto se manifestó claramente a sí mismo. Es que quería, como acabo de decir, temprarlos entre aquellos temores y enseñarles a ser pacientes y constantes.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 50, 1; PG 58, 505).

“**Jesús les dijo en seguida: –¡Ánimo!**”: El **segundo movimiento** que ocasiona la presencia de Dios, del buen espíritu, como diría S. Ignacio de Loyola, produce paz: “*no temas*”. El mal espíritu, al principio, al igual que el buen espíritu, produce turbación, pero el segundo movimiento del mal espíritu no se desenvuelve en paz, sino en incremento de turbación, desasosiego, tristeza, amargura, etc.

Es majestuosa la presencia lumínica de Jesús sobre las aguas al amanecer de una noche de dura brega. Pero no lo es menos su voz en medio del griterío apostólico y el bramar de las olas:

«*Rendid a Yahveh la gloria de su nombre, postraos ante Yahveh en esplendor sagrado. **Voz de Yahveh sobre las aguas; el Dios de gloria truena, ¡es Yahveh, sobre las muchas aguas! Voz de Yahveh con fuerza, voz de Yahveh con majestad.***» (Sal. 29, 2-4).

“**Soy yo**”: La expresión no es más que la definición de Dios: “*el que es*”. En su presencia caen todos los temores. Pero... ¿cómo pudieron distinguir la voz del Señor en medio del griterío, el silbido del viento y la bravura de las olas? –Jesús se acercó a la barca. Posiblemente después de los gritos de miedo, como dice S. Juan:

«*Cuando habían remado unos veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús que caminaba sobre el mar y **se acercaba a la barca**, y tuvieron miedo.*» (Jn. 6, 19).

Parece un poco forzado pensar que Jesús hubiera hecho ademán de alejarse después de haberse dado a conocer a sus discípulos por medio de su voz.

La voz del Señor pone paz y sosiego en su hacienda: ¡ay del camino que no escucha la voz de su dueño, ni lo transita! –Lo pisotearán las bestias. ¡Ay de la campiña que no escucha la voz de su señor, ni la visita! –La transitarán las alimañas. ¡Ay de ti si no escuchas la voz de Dios en tu corazón! –Te invadirán los vicios más diabólicos (cf. S. MACARIO, Homilía 28; PG 34, 710-711; Breviario IV, p. 270, Miércoles de la XXXIV Semana del Tiempo Ordinario, Oficio de Lecturas).

Pero si la dulce voz del Buen Pastor llega hasta tu interior, quedarás liberado de todo temor, se amansarán las espumosas olas de las ten-

taciones, se apagará el silbido de la antigua enemiga y volverán a tus brazos los bríos que recibiste de tu Dios y Señor.

“No tengáis miedo!”: La expresión es técnica y propia de la Sagrada Escritura, viene a fortalecer los ánimos conturbados de los auditores, la expresión tiene poder para producir en los apóstoles lo que significa las palabras que están escuchando. Ante la presencia de lo sagrado, que sobrecoge, los apóstoles temen, gritan, se sobresaltan, pero Jesús los pacifica: *“no temáis”*.

“Pedro le contestó”: Toma la iniciativa el que es cabeza de la comunidad apostólica. Va a imitar a Jesús, pero todavía no está preparado para suplirle, todavía estará Jesús algún tiempo más entre los apóstoles, mientras tanto disfrutarán de la intervención directa de Dios en sus vidas.

“Señor, si eres tú, mándame ir a ti andando sobre el agua”: Preciosa jaculatoria para degustarla toda la vida: *“Señor, si eres tú, mándame ir a ti”*. Se la dictó el Amor a S. Pedro. Indudablemente que S. Pedro ha reaccionado también a impulsos de impresiones contrapuestas: tormenta aterradora y apacible voz de Jesús. El movimiento eufórico que produce la paz después de la tormenta lleva a santas osadías: caminar sobre las aguas movedizas, pero caminando hacia el Señor.

La condición lingüística, *“si eres tú”*, no expresa una duda de S. Pedro, sino una certeza de la presencia de Jesús. Diríamos para entendernos: *“puesto que eres Tú, mándame ir hacia ti”*. ¿Se hubiera echado S. Pedro al agua si hubiera tenido duda de si aquel con quien hablaba era Jesús, o no lo era? –Sin duda que no lo hubiera hecho.

El caminar de S. Pedro sobre el agua supone en él una gran confianza en Jesús, pero supone más un gran amor hacia Jesús, pues S. Pedro quiere ir hacia Cristo Jesús, a despecho de la tormenta y de las olas encrespadas.

“Él le dijo: –Ven”: Jesús, deseando otorgar al hombre perfecto dominio sobre los elementos adversos a Dios, otorga el permiso para patear lo movedizo e inconsistente de este mundo. Así como Adán tenía dominio sobre las criaturas, pero lo perdió, así ahora S. Pedro recibe dominio sobre los elementos, pero todavía no está del todo preparado.

“Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua”: Hace unos instantes estaba aterrorizado ante la bravura de las aguas encrespadas por la amenazadora tormenta, y un poco después se lanza al agua sin temor alguno. Queda de manifiesto un temperamento impetuoso y arriesgado, pero abierto y lleno de amor hacia Jesús.

Sus compañeros estupefactos ante la novelería petrina enmudecen viendo caminar también a Pedro sobre las aguas. La autoridad desconcierta, incluso se la verá flaquear: se hunde en las aguas. Pero es Pedro quien recibe la orden de ir hacia Jesús. No es sólo Jesús quien puede caminar por las aguas, tiene también poder para hacer que otros caminen con total dominio sobre los elementos.

“Acercándose a Jesús”: La trayectoria de S. Pedro será de un progresivo acercamiento hacia el Señor. Jesús camina hacia Pedro y Pedro hacia Jesús. Y al final ambos se encuentran. ¿Qué falta ahora? – Que se den la mano. Jesús y la Iglesia se unen en estrecha unidad paterno-filial. La Iglesia recibe auxilio directo del mismo Dios. Adán, que había roto con Dios, recibe ahora el saludo auxiliador y salvífico de bienvenida.

Si fue el Bautista quien indicó con el dedo dónde estaba *“el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Jn. 1, 29), fue S. Pedro quien recibió el saludo y quedó unido como pastor de la Iglesia a su Maestro. El Antiguo Testamento apuntaba hacia Jesús, pero es el Nuevo Testamento quien lo recibió y abrazó. Ya está Adán unido de nuevo con Dios.

“Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo”: El viento duró toda la noche, oscura imagen de la existencia terrena. Siempre estarás sumergido en temores. Si miras a tus pies, te hundirás; si miras al Corazón de Jesús, saldrás a flote de todo naufragio. Pedro carecía todavía de aquella firmeza de la fe que sacaba de sus aprehensiones naturales para trasportarlo hacia las esferas celestes.

“Empezó a hundirse”: No es suficiente el primer impulso de la gracia. Dios quiere que colabores, de lo contrario Jesús no consumará el milagro de tu existencia movida por su divina providencia. Al menos debes ejercitarte poniendo en acto la fe para no verte anegado, como necesariamente ocurrirá en la ausencia de Jesús. No quiere Jesús que S.

Pedro ni nadie crea que por sí mismo puede llegar a portento tan portentoso sin el auxilio de Dios, y por ello permitió el anegamiento temporal.

«PEDRO COMIENZA A HUNDIRSE.

El hecho de que Pedro, entre todos los pasajeros de la barca, se atreviera a responder y recibiera la orden de ir sobre las olas al encuentro del Señor, indica la disposición de su corazón en el momento de la pasión, cuando yendo tras las huellas del Señor, sin preocuparse de las agitaciones del mundo, comparables a las del mar, lo sigue con la misma fuerza en despreciar la muerte. Pero el hecho de que tuviera miedo manifiesta su debilidad en la tentación futura. En efecto, una vez que se atrevía a caminar sobre las olas, comenzó a hundirse. La debilidad de la carne y el temor a la muerte le empujaron hasta la fatalidad de la negación. Pero gritó y pidió al Señor la salvación. Ese grito es la voz suplicante de su arrepentimiento. Puesto que el Señor todavía no había sufrido, cuando Pedro recurrió al arrepentimiento, obtuvo a tiempo el perdón de su negación porque Cristo sufriría más tarde por la redención de todos.» (S. HILARIO DE POITIERS, *Sobre el Evangelio de Mateo*, 14, 15; SC 256, 28-30).

Es Adán el que se hunde en Pedro, pero es Jesús el que eleva a Pedro en Adán. Y así, toda la humanidad, que amenazaba quedar hundida en las aguas del pecado, ha sido salvada por la mano de Cristo Jesús.

“Y gritó: –¡Señor, sálvame!”: Es la segunda jaculatoria petrina. La anterior jaculatoria la pronuncia S. Pedro embargado de gozo; ésta, de terror. Esta segunda jaculatoria, menos serena, es más segura que la primera. Prorrumpes la cabeza de la Iglesia en la necesidad de ser también salvada por Jesús, y en él a toda la Iglesia:

«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos.» (Hech. 4, 12).

“En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró”: La respuesta de Jesús fue inmediata: “*en seguida*”. Jesús no se hace esperar, y menos cuando la urgencia lo requiere: “*el que pide, recibe*” (Lc. 11, 10). La petición es condición para ser regalado. Y S. Pedro mereció ser sacado de las aguas temibles. La oración suplió la deficiencia de su fe.

“Y le dijo: –¡Qué poca fe!”: Le dice Jesús a Pedro que no fue el viento, que no fue la tempestad, que no fue el agua, que no fue la barca, que no fue algo lo que le hizo hundirse, sino su *“poca fe”*.

Cierto que es muy recio el temporal tempestuoso de este mundo revuelto por la cola de Satanás, cierto que no tienes descanso mientras dure la noche de tu existencia terrena, cierto que tú estás investido de la pesadez de tu naturaleza deleznable, cierto; pero también es cierto que si no miras a cosa alguna de esto con los ojos del cuerpo, sino con los ojos de la fe, que descubren el poder infinito de Dios escondido tras los velos de las apariencias sensibles, entonces te mantendrás sostenido por el poder infinito de Dios y no por la fragilidad tempestuosa de unas aguas que están llamadas a desaparecer:

«Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva –porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya.» (Ap. 21, 1).

Para el hombre de fe *“desaparece lo terreno”* del horizonte de su vida, desaparecen los datos engañosos de lo natural, y se remonta por la fe hacia las alturas de aquel *“cielo nuevo”* donde mora la verdad inanegable e inamovible.

“¿Por qué has dudado?”: –Porque miraste lo engañoso del *“primer cielo y la primera tierra”*, y no miraste aquel *“cielo nuevo y tierra nueva”*. Mi querido hermano, apártate de toda propaganda consistente en *“el primer cielo y la primera tierra”*, que deja estragado el natural y lo inutiliza para todo lo trascendente. Mi querido hermano, acércate como S. Pedro a Cristo Jesús, donde hallarás desde la fe *“un cielo nuevo y una tierra nueva”*, que no te puede presentar este mundo engañoso.

Pero, además, no sólo no debes vivir en el engaño de la gran mentira mundanal, sino que has de desengañar a tus hermanos para que no sigan viviendo del *“padre de la mentira”* (Jn. 8, 44), sino de *“la Verdad”* (Jn. 14, 6), que es Jesús.

“En cuanto subieron a la barca amainó el viento”: Cuando Jesús entra en tu barquichuela, amaina el viento peligroso de las tentaciones y solicitudes putrefactas. Cuando Jesús y Pedro entran en la barqui-

chuela de la Iglesia, se calma la tempestad. Ha llegado la hora del día de la eternidad. Aquí todo será calma infinita:

«LA CALMA RESTAURADA.

Cuando el Señor subió a la barca, el viento y el mar se apaciguaron; esto indica que la paz y la tranquilidad de la Iglesia eterna tornarán después de su venida gloriosa. Puesto que Él vendrá y se manifestará, todos exclamarán: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”. Entonces todos los hombres confesarán clara y públicamente que el Hijo de Dios, no ya en la humildad de la carne, sino con la gloria del cielo, ha restaurado la paz de la Iglesia.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 4, 18; SC 248, 32).

Dice S. Juan que, después de encontrarse los discípulos con Jesús sobre las aguas, se produjo otro milagro, llegan de inmediato al lugar donde iban:

«Quisieron recogerle en la barca, pero en seguida la barca tocó tierra en el lugar a donde se dirigían.» (Jn. 6, 21).

La eficacia en conseguir el propósito del viaje se debe a Jesús. La huida repentina de las tentaciones insidiosas manifiesta la presencia operante de Jesús en la vida del cristiano:

“Los de la barca se postraron ante él diciendo”: Fue tan palpable la manifestación de la divinidad en Jesús, que los discípulos no pudieron por menos que caer en postura de adoración. Es posible que estuvieran en la barca otras gentes distintas de los discípulos de Jesús, como familiares y conocidos.

“Realmente eres Hijo de Dios”: Después de la multiplicación de los panes y los peces, del caminar de Jesús por las aguas, de Pedro caminando sobre el agua hacia Jesús, del amainar repentino del viento, de la llegada instantánea al lugar donde iban (cf. Jn. 6, 21), se ha hecho un cúmulo de milagros demasiado seguidos como para querer empecinarse en no ver la grandeza que escondía aquel hombre llamado Jesús, y que no era otro que el “Hijo de Dios”, es decir, Dios.